

jo.» Para colmar la alegría de este padre dió él mismo pocos días después el obispado de Condom al hijo. Diez años hacia que llenaba con su nombre los púlpitos de París.

XXVI.

Esta dignidad no interrumpió completamente sus predicaciones; lo único que hizo fué añadir mas autoridad al sacerdote y mas respeto á la atención pública. Otro orador se apoderó de la cátedra sagrada en el momento mismo en que Bossuet abdicaba la palabra por el obispado. Este orador era Bourdaloue. Estos dos émulos de la elocuencia fueron comparados apasionadamente. Para vergüenza de la época, el número de los admiradores de Bourdaloue sobrepusó en poco tiempo al de los entusiastas de Bossuet. La razón de esta preferencia que se daba á una argumentación fría sobre una elocuencia sublime está en la naturaleza de las cosas humanas. Los hombres de mediana talla tienen mas analogía con su siglo que los hombres desmesurados la tienen con sus contemporáneos. Los oradores que argumentan son comprendidos mas fácilmente por la muchedumbre que los oradores que se entusiasman; se necesitan alas para seguir al orador lírico, al paso que basta la lógica para seguir al orador que razona. La lógica en un auditorio es don mas común que la inspiración. Son pocos los que tienen las alas que elevan y sostienen en el espacio. Así es como se admiraba mas en la tribuna de la Asamblea constituyente á Barnave que á Mirabeau. Estas preocupaciones, que son las pruebas del genio y las ovaciones de la rivalidad, no son los fallos del porvenir. Los hombres de gran superioridad no pueden ser juzgados sino por sus pares. Estos pares, es decir, estos iguales á los hombres de genio, existen en número bastante reducido durante la vida de esos hombres culminantes para decidir de la preeminencia verdadera, para discernir el rango definitivo en la gloria, y son sofocados por la muchedumbre que juzga mas grande lo que ve desde mas cerca. Se necesitan muchas generaciones y á veces muchos siglos antes de que esos iguales pares de los hombres superiores nazcan y juzguen en bastante número para formar el tribunal competente de la verdadera grandeza. Hasta entonces, la multitud se engaña; este es el misterio de la posteridad, sus juicios anulan los de la época. Esperar es la condición de la gloria.

Bourdaloue y Massillon fueron declarados en su época oradores sagrados mas grandes que Bossuet; pero los años han rectificado este juicio. Bourdaloue no es mas que un poderoso argumentador y Massillon un melodioso lisongeador de oídos; Bossuet solo era completamente

elocuente, porque era á la vez lírico y patético y tenía las alas y el grito del águila; pero volaba y gritaba demasiado alto en el cielo para ser oído desde abajo.

Madama de Sevigné que ha transmitido con tanta gracia los cuchicheos de un siglo á otro y cuyo libro puede ser llamado la chismografía inmortal de la posteridad habla sin cesar en sus *Cartas* de las arengas de Bourdaloue y no dice una palabra de los sermones de Bossuet.

SEGUNDA PARTE.

I.

Hasta el momento de ser nombrado por el rey obispo de Condom, la vida de Bossuet en París era lo que había sido en Dijon y en Metz, solitaria, estudiva y ejemplar. Vivía en casa del abate de Lameth, dean de la iglesia de Santo Tomás del Louvre, especie de retiro entre el monasterio y el mundo, que protegía la austeridad de las costumbres permitiendo cultivar las amistades. Las costumbres de este gran hombre tenían esa *tristeza evangélica* que, según la Bruyere, es el alma de la elocuencia cristiana. Nada de sus pensamientos se evaporaba fuera de sí. Algunos eclesiásticos de noble nacimiento, de ciencia consumada y vida irreprochable, noviciado escogido del obispado de la época, eran su mas asidua compañía. Cierta atracción hacia la gloria y la virtud los agrupaba ya en torno del hombre prematuramente ilustre; presentían al parecer su grandeza y se honraban con el título de discípulos suyos.

En estos discípulos no veía Bossuet mas que amigos, y eran el abate de Hoquincoart, mas tarde obispo de Verdun, el abate de Saint-Laurent, preceptor del duque de Orleans, futuro regente; este eclesiástico educaba al príncipe para la piedad antes del infame Dubois, á quien sus vicios hicieron cardenal con irrisión de la virtud.

Racine el hijo refiere patéticamente en una de sus cartas la muerte del abate de Saint-Laurent, arrancado de los brazos de Bossuet.

Discípulos suyos eran también Mr. de Bedacier, obispo de Augusta, que tampoco quiso morir sino oyendo las exhortaciones de su amigo, á quien legó un priorato que gozaba en Mautes; abate Letellier, hijo del canceller de este nombre, que colmó al joven predicador de beneficios y dignidades dependientes de su obispado de Reims; el abate de Choissy, célebre en un principio por las ligerezas de juventud, escandalosas en su profesión, atraído á una vida austera y á la fe por Bossuet y dirigido por él en los estudios

históricos útiles á la Iglesia; Hardouin de Péréfixe, antiguo preceptor del rey, y ahora arzobispo de París; Fenelon, entonces discípulo y después rival, pero siempre tierno y cariñoso, y todos los amigos jóvenes de Fenelon, arrastrados por el á ese culto del corazón que había profesado á Bossuet, y por último el abate Ledieu, comensal, confidente, secretario y familiar de Bossuet durante veinte años, y que apuntaba y registraba hora por hora para la posteridad la vida y las palabras de su maestro.

Este cenáculo de virtud, de fé, filosofía, elocuencia, conversaciones y amistad común recordaba las escuelas filosóficas de Atenas, hechas solamente mas castas y santas por la austera disciplina del cristianismo que era su vínculo. Bossuet no salía de él sino para subir al púlpito ó para cultivar algunos altos favores de la corte, conveniencias de su dignidad. Desde que era obispo, predicaba pocas veces, reservando su palabra para las grandes solemnidades que inmortalizaba con su voz elocuente.

II.

Dejóse tentar de un nuevo género de elocuencia, que recordaba los panegíricos de los antiguos, esto es, las oraciones fúnebres, discursos eminentemente adaptados á su genio por sus circunstancias, cuya tribuna era un sepulcro, cuyo testo era una vida memorable, trágica ó santa, terminada por una muerte reciente y cuyo aparato era un féretro. Aquí todo prestaba á la elocuencia del orador sagrado acentos, espectáculos, gemidos, consuelos, gritos, himnos dignos de su voz; el templo enlutado, el altar desnudo, las antorchas fúnebres, los sacerdotes vestidos de colores siniestros, el catafalco rodeado de la familia, los amigos, los hijos, los criados tristes y afligidos; las lágrimas de los parientes, el contraste de la grandeza, del poder ó de la fama del difunto, con aquel cadáver caído de repente desde las alturas de la vida á ese atahud de madera para ser un momento vano asunto de un discurso y luego para siempre presa de la tierra, abierta ya para sepultarlo; esa vicisitud cotidiana, repentina, pero siempre sorprendente, de la vida al sepulcro; esos exámenes en voz alta como en el antiguo Egipto de la memoria todavía caliente del difunto en el umbral de su sepulcro; ese presentimiento atrevido del juicio de Dios sobre el muerto, en los momentos en que ya es juzgado por el infalible juez; esa narración magestuosa ó tierna de las grandes cosas de la vida, esos acentos de historia en los anales de uno de sus actores, esas invocaciones á la Religión, único objeto aparente del discurso; esas escenas patéticas de los últimos momentos y de los recientes adioses, trazados

al rumor de los sollozos de los que sienten el vacío de aquella desaparición en sus corazones; en fin esa voz serena é inalterable del sacerdocio que domina todos estos honores, estas vanidades y estos sollozos, y que recomienda el llanto á los unos y el consuelo á los otros y á todos que se confundan ante el misterio de la voluntad de Dios y ante la soberanía de la muerte; hé aquí el espectáculo, á la vez trágico, teatral y santo, que fascinó á Bossuet y le decidió á no tomar ya pié para sus arengas sino de un sepulcro y no acercarse á su auditorio sino entre el tiempo y la eternidad.

Esta resolución probaba por sí sola su gran talento, porque el carácter á la vez literario, histórico, patético y religioso de aquellos discursos autorizaba al orador á mostrarse gran artista, sin dejar de ser un apóstol. Realizó con inimitable superioridad de palabra lo que había concebido con tanta sagacidad; vivía en un siglo en que no faltaban ciertamente las ocasiones de alabar, llorar y admirarse. El siglo estaba lleno de grandes cosas y de hombres grandes. La elocuencia de Bossuet, como una planidera antigua, los esperaba al borde del féretro.

III.

La amistad ó el agradecimiento personales que tributaba á esas grandes memorias añadían en general una nota mas patética á sus elogios. El corazón subía á los labios y se conocía que el orador tomaba su parte en las tristezas que removía en el fondo de las demás almas.

De este modo pronunció en 1667 la oración fúnebre de Ana de Austria, madre de Luis XIV. Esta princesa, bella, sensible, política, tierna y piadosa, había sido el juguete de todas las fortunas y de todos los infortunios de las cortes. Esposa de un marido frío, extravagante y escrupuloso, que temblaba á la presencia del cardenal de Richelieu, su ministro, no había conocido del título de reina sino los celos y las servidumbres de que la rodeaba aquel ministro para precaverse contra el ascendiente de su juventud y de su hermosura. Unida demasiado pronto y madre de hijos á quienes su tierna edad alejaba del trono, la minoría de estos había sido una larga tempestad, de la que las maniobras de Mazarino habían salvado penosamente su cuna. Adicta por política y tal vez por sentimiento á este ministro tan amable como hábil, de tal modo había mezclado su fortuna á la suya, que prefirió el destierro con él al trono sin él. Las facciones y la Fronde la habían llevado del ultraje á la adoración y de la adoración á la ingratitude. Luego que el rey llegó á la mayor edad

y muerto ya Mazarino, parecía que solo conservaba la vida por la resignación y por el dolor. Una enfermedad lenta y cruel la había atormentado hasta el sepulcro; al fin acababa de bajar á él. Esposa desheredada del amor de un marido imbecil, reina desconocida de un pueblo turbulento, amiga de un ministro odiado de sus súbditos, madre de un rey cuyo reinado había preparado por su constancia, Ana de Austria debía sufrir todavía las injusticias de la posteridad, no ocupando hasta entonces en la historia el puesto eminente que la Francia le debe entre sus mugeres más ilustres y entre sus reinas más perfectas. El mismo Bossuet no le hacía entonces la justicia á que era acreedora; pero á lo menos se acordaba de que había sido la primera en admirarle. Debíale por lo tanto uno de los primeros tributos de aquella voz que Ana de Austria había hecho conocer á su hijo. Este discurso no fué entonces impreso. Las lágrimas por sus infortunios y las admiraciones por su piedad, fueron su única elocuencia. Bossuet olvidó la política por la virtud; pero estaba demasiado sumergido en el reinado del hijo para hablar con equidad de la madre.

IV.

Al bajar del púlpito supo la enfermedad de su padre. Corrió á Metz á recibir su último suspiro. Algunos años hacía que el padre de Bossuet había resignado su puesto en el parlamento para entrar, siguiendo los pasos de su hijo, en el sacerdocio, pues empleando Bossuet su influencia para con el distribuidor de los beneficios eclesiásticos, había logrado que dieran á su padre una canongía en Metz. Bossuet consideraba los bienes de la Iglesia como un patrimonio de familia, sin que tuviese el menor escrúpulo en disponer de ellos ampliamente para los suyos. Esto no era codicia; era costumbre de la época. El altar, según él, debía honrar y retribuir ampliamente al sacerdote. Confiesa muchas veces en las cartas á sus amigos, cartas que tenemos á la vista, esta necesidad de que viva con holgura el ministro de la palabra sagrada.

«En cuanto á mi, dice, mi espíritu no tendría libertad en las molestias de una existencia estrecha y mal asegurada. Conviene que el que está encargado de pensar en los demás no se vea obligado por sus privaciones é incomodidades personales á estrechar su vida y su alma plegándose sin cesar á abyectas necesidades.» Tal es el sentido y casi las expresiones de esas cartas, franqueza de un hombre que se siente superior á la fortuna, pero que la aprecia no como una condición de placer, sino como una condición de libertad.

Bossuet administró por su propia mano los

sacramentos á su padre en la hora de su muerte, mezclando las oraciones y las lágrimas, hijo y pontífice á la vez, y abriendo al que le había abierto la vida, la eternidad.

V.

Vuelto á París después de este duelo, se lanzó con la pasión del celo en las controversias ardientes del día entre protestantes y jansenistas. Estos nuevos apóstoles, inspirados por Arnaud, Nicole y Pascal, combatiendo un cisma, amenazaban á la Iglesia con una secta. Hombres de piedad cenobítica, de virtudes absolutas, de lógica inflexible y de indomable elocuencia, exageraban la virtud. Eran los lacemonios del cristianismo. Se había tenido miedo á sus excesos de santidad, y muchos creían descubrir en su jefe de doctrina, Jansenius, textos reprensibles á los ojos de la ortodoxia, textos que los unos afirmaban existir en los libros de ese doctor holandés, al paso que los otros negaban hasta su existencia.

De aquí dimanaban cuestiones y disputas interminables, que el gobierno envenenaba poniendo en ellos los ojos y las manos.

Bossuet, para desgracia suya, comenzó desde entonces á tomar partido en esas contiendas escolásticas y á gastar su genio y su carácter en esas polémicas de palabras. Al principio pareció inclinarse hácia los jansenistas por analogía de naturaleza y de virtud. Muy en breve los dos sentimientos dominantes en él: el sentimiento de la autoridad de la Iglesia y el sentimiento de la autoridad del rey, superiores á todas las divergencias de doctrina, le alejaron de aquellos hombres, según su corazón, é hicieron de él el hombre del gobierno.

Hablaremos poco de esas polémicas donde la grandeza del talento se pierde en la nada de las disputas. La elocuencia volvió á llamarle al púlpito, que era su verdadero pedestal.

A él subió en 1669 para llorar á la reina de Inglaterra, viuda de Carlos I, desterrada á Francia, después de haber sido asesinado su marido *Hija, esposa, hermana y madre de reyes*, su vida, dice Bossuet, contenía todas las estremidades de las cosas humanas. El rey le encargó que igualase la elocuencia á la grandeza y á los infortunios de aquel destino. Luis XIV, después de haber dado durante su vida á esta reina proscripta regia hospitalidad en San German, no podía hacer en su muerte más gloriosa conmemoración que empleando la voz de Bossuet. Esta oración fúnebre fué la primera en que desarrolló todas las grandezas de alma, de política, de historia y de palabra de que le habían dotado la naturaleza, el estudio y la profesión. Fué un curso de historia y de política á vuelo de águila.

Haciendo remontar Bossuet al cisma de Enrique VIII las causas del regicidio de Carlos I, profirió sobre la fatal unión del sacerdocio y del imperio, de la Iglesia y del Estado, verdades que muy pronto debía desmentir él mismo sirviendo á la Iglesia con la espada del rey, y al rey con la coacción sobre la Iglesia.

«¿Qué es, decía, el episcopado, cuando se separa de la Iglesia, que es su todo, y cuando se separa de Roma que es su centro para adherirse contra lo natural á la monarquía? Estas dos potencias de un orden tan diferente no se unen, sino que se embarazan mutuamente cuando se confunden. Se enerva la religión cuando se la cambia, y se le quita cierto peso, único capaz de contener á los pueblos. Estos tienen en el fondo del corazón no sé que de inquieto que se escapa si se les quita ese freno necesario, y no se les deja ya nada que manejar cuando se les deja dueños de su religión. Todo se convierte en rebelión y en pensamientos sediciosos cuando la autoridad de la religión es anonadada.»

Todo el carácter sacerdotal y político de Bossuet se halla en este período, cuya primera frase difiere tanto de la última. Como sacerdote empieza por declarar con verdad que la religión nada tiene que recibir del poder civil y que estos dos poderes se desnaturalizan uniéndose. Como político declara en la segunda frase que los gobiernos no pueden dejar á los pueblos disponer libremente de su conciencia sin anonadarse ellos mismos en su autoridad temporal, y reviste estas dos contradicciones con la misma magestad de palabra. Se ve de antemano al hombre que pronto aconsejara al rey que se insurreccionase respetuosa, pero inflexiblemente contra Roma para fundar una iglesia galicana, es decir, una independencia en la obediencia y una diversidad en la unidad.

El hombre de Dios desaparece ya aquí ante el hombre del príncipe, y el hombre de disciplina desaparece al fin ante el hombre de gobierno. Ese peso todo humano de las religiones, único capaz de contener á los pueblos; ese freno necesario, esa apelación al despotismo sobre las conciencias, para asegurarse contra las revoluciones y las sediciones del pueblo, son máximas en que trasciende más la impiedad de Maquiavelo que la fé de Bossuet.

VI.

Hállase este fatalismo político en el retrato de Cromwell, en quien Bossuet, siguiendo el ejemplo de su época, no veía más que un hipócrita. No se atrevía á elogiarle demasiado, temeroso de faltar al respeto debido al fétetro de aquella reina, su víctima; ni censurarle de-

masiado por temor de faltar al rey, que había tratado con aquel dictador. Se lanzó en la teocracia, que esplica, disculpa y lo legitima todo en sus lábios, y exclamó con el despotismo del profeta: «Cuando Dios ha elegido á alguno para ser el instrumento de sus designios, nada contiene su curso; encadena, ciega y doma todo lo que es capaz de resistencia.»

De este retrato de Cromwell, de esta complicitad sofística de la Providencia con la victoria, han deducido los teócratas modernos, Mr. de Maistre y sus adeptos, esa adoración inmoral de la fuerza, impiedad que se llama á sí misma piadosa, que prosterna al hombre delante del triunfo en vez de levantarlo sobre la justicia. Esos falsos intérpretes de la Providencia colocan el designio de Dios en el suceso, en vez de colocarlo en la moralidad del acto. Hé aquí el peligro, para un hombre superior como Bossuet, de lanzar una falsa máxima en el mundo; los hombres secundarios la erigen en autoridad y los pueblos en falsa regla de sus juicios. Así es como la teocracia destruye en nombre de Dios su más bella obra, la conciencia del bien y del mal en el género humano.

VII.

Por lo demás este discurso en su parte patética rebosa magestad, dolores, exclamaciones y llanto sublime; no parece sino que Bossuet se propuso hacer su propio retrato al hablar de aquel poeta fúnebre Jeremías, «único capaz, dijo, de igualar las lamentaciones con las calamidades.»

Un grito de admiración se levantó de toda la corte y de toda la Iglesia con este discurso. Ningun moderno había hablado todavía como profeta. Rogaron á Bossuet que publicara su obra maestra y la Europa se conmovió y lloró.

Seis días después, otra princesa joven y seductora, hija de la que Bossuet acababa de ilustrar y del infortunado Carlos I, volvió á llamar al orador á otro fétetro: este fétetro era el de esta misma princesa. Enriqueta de Inglaterra había casado con el duque de Orleans, hermano del rey. Este príncipe, innoble de espíritu y depravado de gusto, era indigno de apreciar tanta gracia bajo las facciones de muger. Tenía los vicios de los Valois. Enriqueta murió de repente en Saint-Cloud, sin prueba, pero no sin rumor de envenenamiento. Se acusaba á los cómplices de los gustos depravados del duque de Orleans de haber derramado la muerte en el seno de su esposa para dominar sin rival los sentidos y el corazón de aquel príncipe. El rey profesaba á Enriqueta de Inglaterra una predilección que solo el parentesco impedía que fuese amor. Esta pasión contenida había degenerado en ternura. La muerte

de la duquesa de Orleans hirió al rey en el corazón: era ella el astro de la corte; la luz del firmamento parecía haberse debilitado con la desaparición de este astro apagado en una noche. Bossuet la amaba por su talento y por sus desgracias. Ella admiraba á Bossuet como el milagro vivo de Europa, y muchas veces le había dicho chanceándose con ideas tristes: «Si muero, hablad de mí á Dios y á los hombres; no quiero mas elogios que vuestra amistad, ni mas apoteosis que vuestras lágrimas.»

VIII.

El rey pidió á Bossuet que hablase. Su corazón estaba tan conmovido como su voz; indudablemente este fué el discurso mas triste de cuantos hasta allí había pronunciado. La antigüedad no nos ha dejado nada igual á ese dolorido acento. «Quiero hacerlos ver, cristianos, dijo, en una sola muerte, la muerte y la nada de todas las grandezas humanas!»

Para conmovier nada tenía que discurrir Bossuet; le bastaba evocar sus recuerdos. Cuando Enriqueta conoció que iba á morir, le llamó con vivas instancias para que le diese su mano en el tránsito de la tierra al cielo. Bossuet, á quien encontraron demasiado tarde en París, acudió á media noche; se arrojó al pie de la cama de la princesa, lloró, pidió á Dios por ella y la consoló hasta que vino el día: había oído sus últimas confidencias y recibido el último suspiro.

Un momento antes de espirar Enriqueta llamó á una de sus camareras y le dijo en inglés para que Bossuet no lo comprendiese: «Cuando muera, sacad de mi dedo esta esmeralda y dadla á ese santo obispo, como memoria mía.»

Todo este drama de la agonía, que solo infundía terror y lástima á los demás, era recuerdo, imagen y ternura para él; contaba lo que había admirado. En su palabra se oía el tumulto de un palacio despertado por la muerte, el sobresalto de los criados, la solicitud de los amigos, los sollozos de las mugeres, el asombro de los indiferentes, el grito de la corte y de la ciudad. *Ella se muere, se muere sin remedio!* grito en que el golpe no daba tiempo á la amenaza ni la desesperación al respiro; todos asistían á aquella santificación fulminante de una muger á quien el cielo concede solamente minutos para pasar en un abrir y cerrar de ojos á la eternidad. «Estas pocas horas, decía Bossuet, santamente pasadas entre las mas rudas pruebas, equivalen por sí solas á una edad consumada. Confieso que el tiempo ha sido corto; pero la operación de la gracia ha sido fuerte, y el concurso del alma perfecto. La gracia se complace algunas veces en encerrar en un solo día la perfección de una larga vida.»

«No, añade despues de algunos rasgos de contemplación sobre las ventajas de nacimiento, rango, belleza y encantos de la ya difunta princesa; no, despues de lo que acabamos de ver la salud no es mas que un nombre, la vida un sueño, la gloria una apariencia, las gracias y los placeres una peligrosa diversion: todo es vano en nosotros...! Y sin embargo ella fué dulce para con la muerte como lo había sido para con todo el mundo!... Yo he visto su mano desfallecida buscar al caer nuevas fuerzas para aplicar sobre sus labios el signo de nuestra redención.»

«... Miradla, á pesar de ese gran corazón, continuó el orador, miradla como nos la ha dejado la muerte.... Y aun así, esos restos van á desvanecerse! Y vamos á verla despojada de esa triste condecoración (el catafalco)... Va á descender á esos sombríos lugares y á esas moradas subterráneas, para dormir allí con esos grandes de la tierra, con esos príncipes y esos reyes anonadados, entre los cuales apenas se puede encontrar lugar, ¡tan apretadas están sus filas! ¡tan pronta está la muerte en llenar los vacíos!... ¿Se puede edificar sobre estas ruinas?...»

Pasando luego de la elegía á la reflexión cristiana, exclamó: «¡La grandeza y la gloria! Podemos pronunciar todavía estos nombres en ese triunfo de la muerte? No, yo no puedo sostener ya esas grandes palabras con las cuales pretende la arrogancia humana aturdirse á sí misma para no reparar en su nada! ¿Qué pueden el nacimiento, la grandeza, el talento, si la muerte lo iguala y domina todo, y si con mano rápida y soberana derriba las cabezas mas respetadas?... ¡Cómo! ¿no podemos prevenir nada de lo que tan cerca tenemos? ¿Será posible que los oradores de las grandezas humanas estarán satisfechos de sus fortunas, cuando vean en un momento pasar su gloria á sus nombres, sus títulos á sus sepulcros, sus bienes á ingratos y sus dignidades tal vez á sus envidiosos?...»

Estos pensamientos le separan de la tierra y le obligan á tener compasión de todas esas vanidades y tristezas; recomienda á Dios aquel polvo que ayer palpitaba de embriaguez y de orgullo; recomienda aquella alma á la oración, esa amistad de las almas que sobreviven, y despide al fin á su auditorio con ese recogimiento y ese silencio de quien teme hacer resonar sus pasos ante el vacío del sepulcro, y respirar demasiado alto temiendo ser oído de la muerte.

¿Dónde hallar esta escena, ese hombre, esa tribuna, aquella voz, en los anales del espíritu humano? Bossuet había inventado el calorío de la muerte y la elocuencia de la eternidad.

IX.

El mismo Bossuet sintió reflejarse su alma sobre el alma de su auditorio.

El abad de Rancé, su antiguo condiscípulo, espíritu exagerado, como todos los espíritus ligeros, que había pasado de la voluptuosidad al ascetismo, se lanzó vivo en el sepulcro del monasterio de la Trapa. Allí el solitario, como San Gerónimo, entretenía su piedad lúgubre con la contemplación de cráneos humanos, vaciados por los gusanos del sepulcro. Bossuet, haciendo una chistosa alusión á este mueblaje de la celda del convertido, le escribió: «Os envío dos oraciones fúnebres que, porque hacen ver la nada del mundo, pueden colocarse entre los libros de un solitario; en todo caso, pueden ser consideradas como dos cabezas de muerto muy interesantes.»

El artista, como se ve por esta burla severa se juzgaba con complacencia en el panegirista cristiano. Esa nada no era solamente para él asunto de meditación, sino texto de elocuencia.

X.

En efecto seguía al mismo paso su doble carrera de santo hacia el cielo y político hacia el poder. Despues de este discurso le nombró Luis XIV preceptor de su hijo. El arzobispo de París, Péréfixe, y el canceller Letellier le habían recomendado para estas funciones. El duque de Montansier, ayo del joven príncipe, hombre envidioso de favores, pero mas envidioso de piedad, favoreció la ambición de Bossuet. El rey le admitió complacido, pues aunque no le gustaba tener muy cerca de sí al genio para no hacer medir su grandeza real con las grandezas naturales que le dominaban de demasiado arriba, amaba sin embargo que le servia como un poder, que subordinándose al suyo, realzaba á lo lejos su prestigio. La corte quería amasar ese joven heredero del trono por las manos de obispos á fin de asegurar un reinado mas á la Iglesia. Luis XIV entraba por convicción tanto como por política en este plan. Formado para la piedad italiana y española por su madre, entregado por sus sentidos al amor, nada disputaba á la fe, siempre que le dejasen la licencia de sus costumbres. Era el momento en que madama de Montespan, su idolo, reinaba despues de sus tres hermanas sobre el corazón y la corte de Luis XIV. Nada igualó jamás al escándalo de aquellos amores públicos, que sustituían impudicamente á los ojos de la nación, de los ejércitos y del pueblo, y hasta en la carroza de la reina, las concubinas á la esposa del rey. Luis XIV quería ser adorado hasta en sus vicios. Ningun hombre ha corrompido tanto con el ejemplo las costumbres de su pueblo como él, porque ningun hombre ha mezclado mas la licencia y la religión, ni ha impuesto por autoridad mas veneración á sus escándalos. La favorita, consultada, ayudó tambien á la elección de Bossuet.

Casi reina, pensaba como la reina. Cortesano tan ilustre no podía menos que lisonjear su orgullo. ¿Quién se atrevería á murmurar contra una corte, cuyos estravios habían de ser autorizados con la presencia y el silencio del orador mas santo del siglo? Para indemnizar el rey al nuevo preceptor de su hijo del obispado de Condom, le dió la abadía de San Luciano cerca de Beauvais, beneficio de veinte mil libras de renta, heredado del cardenal Mancini.

Levantóse un murmullo contra este exceso de fortuna aun entre los amigos de Bossuet, el cual se creyó obligado á explicarse sobre esto en una carta al mariscal de Bellefonds, á quien confiaba sus pensamientos con rara sinceridad:

«No me enojo, dice Bossuet, de ninguna felicitación sobre las fortunas de este mundo, y la abadía que el rey me da me saca de embrazos y cuidados que no pueden conciliarse se largo tiempo con los pensamientos que estoy obligado á tener. No temáis que aumente mis gastos; la mesa no conviene á mi estado, ni á mi temperamento. Pagaré mis deudas lo mas pronto que pueda. Por lo que hace á los beneficios, es indudable que están destinados para los que sirven á la Iglesia.... Mientras no tenga lo que necesito para sostener mi estado, no sé si debo tener escrúpulos. En cuanto á lo necesario para sostener su estado, es difícil determinarlo con precisión, á causa de los gastos imprevistos; no tengo ningun apego á las riquezas, pero no soy todavía bastante hábil para creer que tengo todo lo necesario no teniendo mas que lo estrictamente necesario, y perdería mas de la mitad de mi talento si tuviese que vivir con estrechez en mi casa. Procuraré al fin que todo el orden de mi conducta redunde en edificación de la Iglesia. Sé que se han censurado ciertas cosas; me gusta la regularidad; pero hay situaciones en que es un mal guardarla muy estricta.»

Aunque irreprochable en sus costumbres, sóbrio y exento de codicia vulgar, se ve que Bossuet buscaba en su vida el espacio, la libertad y la grandeza que tenía en el alma. Pródigo de sí mismo para con la Iglesia y el rey, quería que fuesen pródigos con él estas potencias. No regateaba sus servicios, pero sabia su valor.

XI.

Colocado por sus nuevas funciones en la corte en la fuente de las mercedes y gracias, pudo ver acrecentarse fácilmente su fortuna y su crédito; pero esta fortuna y este crédito no fueron parte para que descuidase sus deberes de preceptor de un príncipe cuya edad, carac-

ter é ineptitud correspondian muy poco á la sublimidad del maestro.

Los trabajos de Bossuet para preparar á este niño los elementos digeridos de los conocimientos humanos fueron tan inmensos como inútiles, Bossuet, frizando ya en los cincuenta y cinco años, rehizo todos sus estudios para enseñar el estudio á un niño. Resumió todos estos estudios en un libro, el *Discurso sobre la historia universal*, como Fenelon debia resumir toda su imaginacion y todo su corazon para otro niño, en otro libro, *Telémaco*. Estos dos preceptores de príncipes, reasumiéndose así ellos mismos, el uno en una historia y el otro en un poema, caracterizaron bien sus dos genios. El *Discurso sobre la historia universal*, á pesar de la superioridad del escritor sobre el poeta, será monumento menos duradero de la educacion del delfín, que la fué el *Telémaco* de la educacion del duque de Borgoña. El *Discurso sobre la historia universal*, no es mas que una teoría del espíritu; el *Telémaco* es un cuadro de la naturaleza. Las teorías pasan, la naturaleza queda.

La preocupacion bien legitima del genio grandioso de Bossuet como orador ha consagrado demasiado hasta aqui, en nuestro concepto, la preocupacion de la superioridad de su obra como historiador. La historia refiere, no contempla; Bossuet no referia jamás y contemplaba siempre. Su mirada generalizaba demasiado para detallar nada; veía desde mucha altura y demasiado lejos para pintar bien las cosas de otro modo que en resumen y en grupos. Podia hacer un mapa-mundi histórico; pero no podia hacer ese drama de la verdad que se llama historia, drama en que las naciones, los hombres y los acontecimientos, calcados con su carácter propio, su alma y sus formas sobre la naturaleza imprimen por medio de la admiracion, la piedad, las lágrimas y la sangre una huella viva en la memoria por la emocion del corazon. Y sin emocion en el lector no hay memoria, y sin memoria no hay historia, ni enseñanza.

XII.

No es, pues, una narracion el *Discurso sobre la historia universal*, es un catálogo de pueblos, de nombres de personas y de acontecimientos, agrupados sin duda con admirable mecanismo de sistema en algunas páginas; pero que pasan por delante del espíritu como sombras confusas sin dejar en él otra impresion duradera que su muchedumbre, su rapidez y su deslumbramiento. Su lectura puede dar el vértigo de la historia universal; pero de seguro no dará la ciencia y mucho menos el sentimiento. Este libro se parece al cuadro del *Telémaco*.

cio final de Miguel Angel en las cúpulas del Vaticano, donde se ven revueltos músculos, cuerpos, rostros, miembros de hombre lanzados confusamente por un pincel gigantesco sobre la pared; ángeles, dioses, empiresos, infernos, pero esta no es la humanidad. La misma sensacion de espíritu se experimenta leyendo esa narracion que se llama la historia de Bossuet. Se ve todo, no se distingue nada, y aun se siente menos, ¿qué se puede retener de todo esto? Es una geografía, no es la tierra; Bossuet es geógrafo, no historiador.

Y si este libro, demasiado acreditado hasta ahora, es nulo para la enseñanza de la historia, no es menos inferior á su fama para la filosofía de la historia. Esta filosofía, es decir esa conclusion verdadera, moral y civilizada, que debe resaltar de tan sublime y estensa narracion para iluminar la inteligencia y mejorar las costumbres, como la luz se separa del caos á la voz del evocador soberano de las cosas, ó como el desenlace sale del drama para moralizar al espectador, semejante filosofía, repito, falta casi en todas partes en ese cuadro, como parece faltar á la naturaleza misma del historiador.

¿Por qué falta esta filosofía tan absolutamente al *Discurso sobre la historia universal*? Porque al escribirlo Bossuet en vez de continuar siendo hombre, se ha hecho órgano de Dios. Este libro es la obra de un orgullo sobrehumano. La *Historia universal* es un misterio; Bossuet pretendió hacer de ella un sistema. Quiso rasgar el velo que encubre la faz y los pensamientos del Dios incomprendible á nuestras miserables inteligencias, en vez de inclinarse como todos nosotros ante esa incomprendibilidad divina, que no es tan sublime sino porque es la prueba de nuestra nada; en vez de trazar con santo respeto los vestigios que el tiempo nos ha dejado, y de mostrarnos aquí la cuna, allá el sepulcro de los pueblos, las razas, las religiones, las instituciones, las virtudes, los errores y los crímenes de los hombres, y decirnos: «He aquí lo que sé, ignoro lo demás; he aquí el principio y los límites del horizonte en que os he mostrado algunos pasos de la humanidad por el camino de los tiempos; los lejanos se escapan á mi débil vista; para decirlo todo, era menester verlo todo, y solo Dios lo vé todo, y él solo sabe de donde venimos y á donde vamos; ciegos bajo su divina mano, nuestro destino anterior es su secreto, nuestro destino futuro su misterio; nos ha dado una luz en las tinieblas de nuestro camino: la conciencia. Esta luz es corta, pero tambien lo somos nosotros; basta para alumbrar nuestros tres pasos sobre este globo de fango; en cuanto á la luz histórica universal y eterna que debe alumbrar consecutivamente los siglos y conducir la humanidad á donde quiere y como quiere, no la ha querido, ni podido dárnosla, porque es la oscuridad; nos cegaríamos con ella; robársela se-

ria audacia, tomarla prestada impiedad. Nos otros somos átomos y él es lo infinito.»

XIII.

He aquí en nuestro concepto el lenguaje que hubiera debido usar Bossuet al escribir como hombre su *Discurso sobre la historia universal*; pero lo repetimos con dolor, no la ha escrito como hombre, la ha escrito como profeta. Lejos de colocarse para mirar y contar en el punto de vista del insecto humano que no ve sino una mínima parte del tiempo, del espacio y de las cosas, se ha colocado en el punto de vista del ser infinito que lo vé todo. Este orgullo ha turbado su vista. Ha olvidado que para Dios, que es lo infinito, el centro está en todas partes y la circunferencia es tambien centro. En vez de hacer circular los astros, los mundos, las creaciones, los acontecimientos y las cosas alrededor de ese eje eterno é inefable del mundo, que es universal y eterno como Dios mismo, ha hecho circular y converger humanamente toda la historia alrededor de un solo pueblo, cuyos destinos, grandes segun la fé, son limitados á los ojos de la historia. En una palabra, Bossuet ha inventado el plan de Dios, y ha pretendido obligar, con una fuerza de voluntad duramente humana, á los cielos y á la tierra, á los imperios y á los reinos, á lo pasado y lo porvenir, á entrar en su cuadro histórico, admirable en la ejecucion, pero mezquino en la filosofía.

Los cielos, la tierra, los imperios, los hombres, las cosas, la verosimilitud, la razon, la historia, la verdad, han resistido á esta violencia del orgullo humano. Dios ha quedado Dios, y Bossuet ha quedado hombre. Este sueño de Titan no ha dejado mas que un hermoso vestigio: la historia ha contado un ingenioso sofisma mas; pero el plan divino ha continuado oculto en la sombra santa donde Dios retiene sus pensamientos.

He aquí el *Discurso sobre la historia universal*; juego de una imaginacion poderosa, pero juego al fin, que emplea la madurez de un gran hombre en escribir con un dedo mortal sobre la movible arena el plan eterno é inmutable de la creacion!

Una sola cosa queda digna de Bossuet en ese catálogo de naciones unidas por un hilo imaginario, y es el estilo. Jamás el texto eterno de las instabilidades y vanidades humanas ha sido declamado con tanta magestad y tristeza; ninguna mano de hombre ha hecho girar con mas ruido, rapidez y vértigo la rueda de la fortuna que levanta y derriba, toma y deja, corona y pisotea los hombres, las razas, los imperios y las naciones. Bossuet es el gran intérprete de la nada de las cosas humanas. Parece complacerse, como el niño al borde de los pozos, en precipitar las religiones, las instituciones, las

dinastias y las cosas reputadas inmutables en el fondo de los abismos, para oír el ruido que hacen al caer, y para hacer subir desde allí á los oídos de los hombres los ecos de lo infinito.»

XIV.

Bossuet quiso completar esta obra sacando igualmente de la Biblia para su discípulo una teoría política para el uso de los reyes, y la tituló *Política sagrada*; no es otra cosa mas que un comentario sabio y dogmático de la historia santa para justificar á los ojos de los príncipes su derecho absoluto sobre los pueblos; teoría del derecho de la fuerza, en que el derecho de violencia y de conquista es santificado tambien con tal que lo haya legitimado una posesion pacífica de lo que se ha robado. Bossuet no da en este tratado á los reyes otro juez que Dios interpretado por el sacerdote. La política sagrada no es mas que una teocracia sin apelacion á la conciencia, á la razon y al consentimiento de los súbditos; toda libertad humana es allí anonadada bajo la mision indiscutible dada á los reyes por el rey de los reyes. A tal profeta, tal político. Cierto que Bossuet profesa en esa teoría de vez en cuando algunas doctrinas fraternales del Evangelio, ese código de equidad, de clemencia y de libertad, tan diferente del suyo; cierto que aconseja á los reyes que hagan de la historia una paternidad, pero una paternidad absoluta, que da y no debe nada á la humanidad.

XV.

Estos dos libros, *La Política sagrada* y la *Historia universal*, las enseñanzas de la misma índole con que el preceptor del heredero de Luis XIV acompañaba esos textos, no eran propósito, como se ve, para formar un rey segun el corazon de Cristo ó segun el corazon de Fenelon. Así es que todo se malogró en esa educacion contra la naturaleza. El discípulo, cansado de sus maestros, descuidado por su padre y encerrado en un círculo de etiquetas, formalidades y temores, llegó á ser el primer esclavo de su padre, sin gusto para las letras, sin ambicion de gloria, sin desear el trono y sin resorte para la vida. Relegado desde muy temprano al aislamiento en Mendon, el Delfín no cultivó mas que sus sentidos, se resignó al papel de subalterno y murió joven, cansado ya de haber vivido demasiado.

XVI.

Bossuet se queja en términos amargos, en algunas cartas confidenciales, de la ineptitud de su